

con la autoridad exterior, cegarle con el ruido.» <sup>(1)</sup> Lo mismo dice Montaigne en diferentes partes de sus ensayos: «Todos están acordes en este principio: es necesario que vuelvan los hombres á la naturaleza. Pero no todos lo comprenden lo mismo. La forma más sencilla de abandonarse á la naturaleza es la forma más prudente. Pero no hay ser que viva de la manera más sencilla y por consiguiente de la manera más conforme á la naturaleza, que el animal. Debemos pues *animalizarnos* también nosotros, para vivir según las leyes de la sabiduría y de la naturaleza. Para llegar á esto tenemos que comenzar por imitar á los animales y á los salvajes. El género de vida de éstos se aviene más perfectamente con el de aquéllos.» <sup>(2)</sup>

¿Ha salido jamás de los labios de un cristiano lenguaje más repugnante y más inhumano? Es verdad que también el Cristianismo aprueba que se diga: «Para llegar á ser mejor, para ser lo que debes ser, debes volver á la naturaleza, á la verdadera naturaleza, á aquella naturaleza que te dió Dios, cuando saliste de sus manos.» «Mas para esto, dice inmediatamente, debes apartarte primero de tu iniquidad», <sup>(3)</sup> y después «volver á la verdadera naturaleza, esto es, entrar en tu propia razón, en tu propia conciencia, en tu propio corazón»; <sup>(4)</sup> en fin «subir hasta el autor de la naturaleza, hasta Dios mismo». <sup>(5)</sup> Esto es natural, esto es honroso, esto es humano. Pero esa doctrina contraria á la naturaleza, esa doctrina inhumana profesada por la nueva filosofía la detesta con toda su alma el Cristianismo.

Abstención del mal, vuelta á ti mismo y conversión, tales son, oh hombre, las tres etapas por las cuales te lleva á la verdadera naturaleza la doctrina cristiana; son tres etapas, pero es uno solo el camino. No aleja este camino,

(1) Vorländer. *Histoire de la Morale philosophique chez les anglais et les français*, 211.

(2) Montaigne. *Essais*, III, 12, 13.

(3) Act. de los Apóstoles, III, 26.

(4) Isaías, XLVI, 8.

(5) Act. de los Apóstoles, XIV, 14.

aproxima; no baja, sube. Te presenta la filosofía el espejo de la naturaleza sensible, de la naturaleza muerta, de la naturaleza irracional que te es inferior, y el Cristianismo te hace ver en tu verdadera naturaleza espiritual, en la naturaleza espiritual más elevada que tú mismo. ¡Despréndete de lo bajo y vulgar; descende á esa profundidad misteriosa que está tan cerca de ti, que conoces tan poco, y que eres tú mismo! ¡Sube á aquel que es el Creador de tu naturaleza, el tipo, el ideal de tu perfección, el único que puede darte la fuerza necesaria para llegar en ayuda de tu debilidad! Así, en ese único camino puedes encontrarlo todo. En Dios te encuentras á ti, y encuentras la verdadera naturaleza: en ti y en la verdadera naturaleza encuentras á Dios.

La naturaleza exterior es ya un medio por el cual puede y debe conocer el hombre al que «lo ha creado, lo conserva y lo gobierna». <sup>(1)</sup> «No puede ser excusada, si no le conoce en sus obras.» <sup>(2)</sup> Pero aun puede encontrarle más fácilmente en las operaciones de Dios sobre él en el reflejo de su ser, del cual es la imagen. Y con esto no pretendemos hacer alusión á la habitación sobrenatural de Dios en nosotros por la gracia. Por naturaleza, lleva en sí ya nuestra alma la imagen y los rasgos de la actividad de Dios. Mas, por desgracia, pensamos en todo antes de pensar en nuestra alma. Por eso conocemos tan poco la imagen de Dios que llevamos en nosotros. Y los pocos que concluyen por hallar á donde está más cerca de nosotros, debieran gemir y exclamar con San Agustín: «¡Oh! ¡tarde te amé belleza tan nueva y tan antigua, tarde te amé! ¡Qué! estabais vos dentro, y yo fuera de mí; fuera os buscaba; sin embargo, estabais conmigo, pero no estaba yo con vos, porque no estaba en mí». <sup>(3)</sup>

Si no buscamos en nosotros mismos el camino que nos lleva á Dios, más nos alejamos de Él, tomando un camino

(1) Sabiduría, XIII, 1 y sig.

(2) Epist. á los Romanos, I, 20.

(3) S. Agustín. Confesiones, X, 27-28.

llo de escollos y peligros. Y más lejano, y más difícil, y más peligroso será todavía ese camino, si no nos buscamos en Dios. Cuantos lo han experimentado, han visto que en Dios aprendemos más fácilmente á conocernos, á encontrarnos y á conocer y á encontrar nuestra propia naturaleza; saben perfectamente que inmediatamente concluimos por conocer y encontrar en nosotros á Dios y á la naturaleza.

**7. La Imagen de Dios en el hombre.**—Ese vacío de satisfacciones, que nada aquí abajo puede llenar, es algo innato en el hombre; para hacerlo desaparecer á medias, pues jamás se conseguirá hacerlo desaparecer por completo, necesita abismarse largo tiempo en las cosas creadas en que sumerge y ahoga su espíritu el mundo. Mientras conserva un sentimiento noble y elevado, las concibe más grandes y más elevadas de lo que son en la realidad. Trabaja por descubrir las leyes que las rigen, la razón de su existencia, el orden, el conjunto, el objetivo de su actividad; lleva sus investigaciones más lejos de lo que puede conocer en ellas por sus sentidos; quiere sondar á mayor profundidad su contenido, su valor, su verdadera naturaleza. Sin pensar en ello, ese algo desconocido que sin descanso busca es la idea que ha querido grabar Dios en ellas como última razón de todo y de todo lo que vemos.

Y, sin embargo, no está satisfecho todavía, mientras no separa de las cosas las ideas de bondad y de verdad, que ha querido Dios imprimir en ellas; cuanto más grande es la suma de bueno y de bello que llega á conocer, tanto más ardiente es su sed de ciencia, tanto más aumenta su desazón, si no consigue establecer encadenamiento y unidad entre todas sus conquistas. Comienza por tener presentimiento, viene después la opinión que es reemplazada, á su vez, por la idea de que debe haber allí una verdad, una sabiduría suprema, una bondad y una belleza más elevadas que forman el centro de actividad de donde se refleja, aunque débilmente, todo lo que ha hallado de verdad, de belleza, de bien, y en el cual se junta todo

para formar la más íntima y perfecta unión de la verdad, de la belleza y de la bondad.

Pero aun no está satisfecho; cuanto más busca esa verdad, esa belleza y esa bondad supremas y perfectas, tanto más le acosan ese deseo que sólo pueden satisfacer esas visiones sublimes, y ese ardor que consideran como especie de locura santa los desgraciados, sumergidos en los pantanos de agitaciones terrenales. No, no es locura, es la verdadera sabiduría; es la aspiración de la criatura á su origen y á su fin, es el esfuerzo de un espíritu pensador, que ansía llegar á la verdad; son los latidos de un corazón sensible que se perece por la bondad; esfuerzos y latidos que pueden quedar satisfechos sólo con esa verdad y con esa bondad completas. En una palabra, es la aspiración á la verdadera felicidad. Insuficientes y sin duración son la belleza, la bondad y la verdad que de ella se derivan. No encuentra su completa satisfacción ni su pleno contentamiento sino en la verdad, en la belleza y en la bondad supremas; y éstas no las posee más que Dios; á Él, pues, dirige sus esfuerzos; debe hacerlo porque está de este modo hecho; y sólo desaparecerá esta aspiración, cuando posea la verdad, la belleza y la bondad, que es lo único que puede satisfacerle plenamente; y será por primera vez satisfecho entonces, porque entonces serán colmados sus deseos; y descansará por primera vez, porque ha encontrado el fin para que fué creado, el único que colma sus aspiraciones. <sup>(1)</sup>

Tal es la idea que debemos formarnos de lo que se llama la imagen de Dios en el hombre. En toda criatura se ven señales de la mano de Dios, por ser toda criatura escala para llegar á Él. Pero sólo á nosotros y á los espíritus bienaventurados ha comunicado el don de la naturaleza racional, la imagen por la cual reconocemos en todas las cosas, su acción, su voluntad, su pensamiento, y por la cual podemos también elevarnos de sus obras á Él, no teniendo reposo hasta que nuestros esfuerzos y nuestras

(1) S. Agustín. Confesiones, I, 1, 1.

investigaciones nos permiten aproximarnos á Él y realizar en nosotros sus perfecciones. <sup>(1)</sup>

### 8. Recuerdo de esta imagen entre los antiguos.—

Bajo una falsa civilización ha podido el hombre envolver en escombros y hacer despreciable esta imagen divina; pero le ha sido tan imposible destruirla como perder por completo la conciencia de su dignidad. Jamás, ni en las más sombrías épocas del paganismo olvidó enteramente el hombre que, creado á la imagen de Dios, llevaba en sí algo divino; precisamente observamos lo contrario.

Tienen gusto especial los antiguos escritores en recordar esta verdad consoladora, cuando había llegado á tal grado de decadencia la humanidad, que amenazaba con destruir hasta los últimos gérmenes de fe en las más elevadas, en las más sublimes realidades. Ha cabido á nuestra época la vergüenza de considerar al hombre como un animal más desarrollado que los demás; para deshonorar y degradar así su especie, faltaba sólo que rechazase el hombre la antorcha del Cristianismo. En la oscuridad intelectual más completa que puede imaginarse, y en la falsificación de la verdad, inevitable consecuencia de la persistente oposición al Cristianismo, se muestran como en otras muchas cosas muy superiores á los errores escandalosos de los tiempos modernos, los paganos, á quienes no agitaba el odio sistemático al bien. Por eso encuentra el apologista que ha dejado la virtud más numerosas y más manifiestas huellas entre los antiguos que entre los modernos. Éstos están como hastiados, y para sustraerse á su grandísimo poder, más de una vez se ven obligados á desfigurarla ó reemplazarla por la mentira.

Ya en la ciudad de Atenas citaba el Apóstol de las Gentes <sup>(2)</sup> la palabra de los poetas Arato <sup>(3)</sup> y Cleantes: <sup>(4)</sup> que «somos de origen divino». Según el sentido que le da-

(1) Sto. Tomás, I, q. 93.

(2) Act. de los Apóstoles, XVII, 18.

(3) Arato. *Phenomena*, V, 5.

(4) Cleantes. *Hymn.*, V, 4.

ban aquellos poetas, sólo al alma humana se refiere naturalmente este parentesco divino. «Entre todos los seres, decía Máximo de Tiro, el espíritu del hombre es el que más semejanza tiene con Dios». <sup>(1)</sup> «Singular contradicción, añade Platón; lo que más nos caracteriza, lo que nos es más propio, es justamente lo que tenemos de divinos». <sup>(2)</sup> ¡Pensamientos magníficos por su belleza y por su elevación respecto de la sublimidad del espíritu humano! No tiene por qué avergonzarse de ellos la fe cristiana. Pero no debe maravillarnos que á veces sean menos elevados y que de tiempo en tiempo ofrezcan cierta mezcla de ideas confusas.

Por eso no debemos dar grande importancia á las opiniones de Sócrates sobre el *dæmonium* que habitaba en él, y que le impulsaba á obrar, y sobre cuyo sentido tanto se ha escrito y tanto se ha discutido. Creemos también que en el panteísmo de los Estoicos, cuando Epicteto <sup>(3)</sup> y Marco Aurelio <sup>(4)</sup> designan á las almas con el nombre de «fragmentos desgajados de Dios», semejante denominación no puede tener sino un sentido panteísta, pero es siempre cierto que en estas afirmaciones se encuentra un recuerdo de la verdad, siquiera esa verdad esté desfigurada.

Más evidente es todavía la armonía del paganismo y del Cristianismo en esta materia, cuando nos muestra Séneca al alma como «una emanación de la substancia celestial» <sup>(5)</sup> y como «participante de la naturaleza de los dioses». <sup>(6)</sup> Cubre ya entonces de confusión á más de un incrédulo de nuestros días, diciendo que «el título más elocuente que por su elevado origen tiene nuestra alma, es el desdén con que mira á la indigna y estrecha prisión en que se agita». <sup>(7)</sup> «Y en verdad, si nos remontamos al ori-

(1) Máximo de Tiro, 8, 3.

(2) Platón. *Leg.* 5, p. 726, a.

(3) Epictet., I, 14.

(4) Marc. Aurelio, II, 4.

(5) Séneca, *ad Helvetiam*, VI, 7.

(6) Séneca, *ad Helvetiam*, XI, 6 y sig.

(7) Séneca, *Epist.*, 120, 14.

gen de los tiempos, veremos que los hombres han salido de los dioses». <sup>(1)</sup> Y si con seriedad examinamos nuestro interior, hallaremos que «reside en nosotros un espíritu santo que observa y nota nuestras acciones buenas y malas». <sup>(2)</sup> Así habla Séneca. También Cicerón trata con frecuencia este asunto, y de la manera más elevada. «Imposible, dice, atribuir al alma origen terrestre; cualquiera que en nosotros sea el principio de la inteligencia y de la voluntad, este principio es celestial y divino». <sup>(3)</sup> «Viene del mismo Dios». <sup>(4)</sup> «Nuestra alma ha sido precipitada desde las elevadas moradas, y como sumergida en el fango de la tierra, lugar de destierro para una naturaleza divina y eterna». <sup>(5)</sup> «El que sepa conocerse, sentirá que lleva en sí mismo algo de divino, con lo cual debe poner en armonía su conducta», <sup>(6)</sup> y «que le obliga á tener cuidado de su alma, por lo mismo que está conforme con su parentesco divino». <sup>(7)</sup> Y señal clara es de ese parentesco del hombre con Dios el que «entre tantos animales sólo el hombre tiene alguna idea de la divinidad». <sup>(8)</sup>

**9. Lo que produce en el hombre la Imagen divina.**  
—¡Pensamiento sublime y digno de reflexión! Aun cuando no nos hubiera legado otros documentos la antigüedad, bastarían éstos para confirmar la palabra del Apóstol: «El que en los siglos pasados ha permitido á todos los gentiles andar en sus caminos, nunca se dejó á sí mismo sin testimonio». <sup>(9)</sup> No habló á los paganos por oráculos ó por profetas; se sirvió para con ellos de un lenguaje que de noche y de día se dirigía á su alma, un lenguaje tan vigoroso que podían oírlo, aún en medio de todos los placeres, y de todas las ocupaciones, aun cuando no quisieran prestar

- (1) Séneca, *Epist.*, 44, 1.  
 (2) Séneca, *atd Helviam*, 120, 14.  
 (3) Cicerón, *Tuscul.*, I, 25, 27.  
 (4) Cicerón, *Leg.*, I, 8.  
 (5) Cicerón, *Senect.*, 21.  
 (6) Cicerón, *Leg.*, I, 22.  
 (7) Cicerón, *Divinat.*, I, 30.  
 (8) Cicerón, *Leg.*, I, 8.  
 (9) Act. de los Apóstoles, XIV, 15 y 16.

atención, y tan claro, que era superflua toda explicación. Era el lenguaje de su naturaleza racional, el lenguaje de su inteligencia, de su conciencia, en una palabra, el lenguaje de la imagen divina que llevaban consigo grabada con caracteres indelebles, como la llevamos todos nosotros y como la llevarán cuantos vengan al mundo.

La imagen de Dios es la fuerza que, en medio de todos los errores morales y religiosos de la humanidad, ha conservado en el hombre la fe en la existencia y en la acción de un ser divino, lo mismo que la creencia en la inmortalidad del alma, en el premio del bien y en el castigo del mal en la otra vida. Ella puso esta verdad en los labios de Cicerón: «No hemos nacido, no hemos sido creados á la aventura, al azar. Ha habido una potencia superior que se ha encargado del cuidado del género humano, y que no lo ha producido, y que no lo alimenta para precipitarlo, después de haber pasado por todas las miserias, en una muerte seguida de males eternos». <sup>(1)</sup> «Si rechazamos esta fe en la Providencia, ¿qué será de la religión, del culto y de las oraciones? No sé si podrían subsistir la buena fe y todo lazo social del género humano y de la justicia, una vez que desapareciese la piedad para con los dioses». <sup>(2)</sup> La imagen de Dios hace decir á Séneca que «ha sido colocada el alma en el mundo nada más que para recordarnos las cosas divinas, por los esfuerzos innatos y misteriosos que hace para salir de su habitación y lanzarse hacia el lugar de su origen». <sup>(3)</sup> La imagen de Dios nos explica este hecho singular señalado por Cicerón: «Cuanto más se aproxima á la muerte el alma, tanto mayor es el dolor que siente de sus pecados, tanto mayor el vacío de la vida pasada, y el deseo que experimenta de llevar á cabo alguna acción digna de alabanza, al menos antes de llegar al término de la vida». <sup>(4)</sup> La imagen de Dios sugirió á Platón este principio: «El deber de la filosofía es librar al alma, durante la

- (1) Cicerón, *Tuscul.*, I, 49.  
 (2) Id. *Natura Deor.*, I, 2.  
 (3) Séneca, *Epist.*, 41, 5.  
 (4) Cicerón, *Divin.*, I, 30.

vida, de los lazos del cuerpo que la oprimen, y enseñar al hombre la ciencia de morir bien». <sup>(1)</sup>

Imagínanse nuestros incrédulos que los medios de temor que por sus sacerdotes ha inventado la fe cristiana, llevan al hombre, en sus últimos momentos, á reflexiones demasiado austeras. Más noblemente pensaban los paganos. Veían en esto la prueba del origen superior del alma y de la imagen indeleble de Dios impresa en ella, haciendo que en tales momentos se acuerde de Dios, su principio y su fin, aunque sea involuntariamente, siquiera le haya olvidado durante su vida entera. Hoy, cuando dice un cristiano que no puede llegar el hombre á la serenidad de su conciencia y á la verdadera paz del corazón, si por una parte no tiene certeza de estar en amistad de Dios, y si por otra no se consuela y conforta con el pensamiento en su gran bondad y en su inmensa misericordia con que pesa nuestras obras en la balanza de su justicia, el mundo se pone de mal humor, y nos echa en cara que todo eso no es otra cosa que invenciones forjadas por los sacerdotes para tiranizar las almas en provecho propio.

Plutarco hablaba de la misma manera. <sup>(2)</sup> No era sacerdote; es que le hablaba también la imagen divina del alma. La profunda sabiduría que manifiesta Tales en la sentencia: «Conócete á ti mismo» <sup>(3)</sup> y el sabio aviso de Demócrito: «que todo orgullo proviene del olvido completo de nuestras faltas» <sup>(4)</sup> no son otra cosa que una inspiración misteriosa que la misma hacía nacer en los espíritus de aquellos pensadores. De ese grande é inagotable tesoro depositado en nosotros por la imagen de Dios sacó Eurípides esta máxima que no quiere escuchar el mundo actual, cuando la enuncian los doctores cristianos: «Desde su nacimiento se apodera el mal de todos los hombres». <sup>(5)</sup> No enseñó el Cristianismo esta doctrina á Epicteto: «Si

(1) Platón, *Phædor*, 12, p. 67, d.

(2) Plutarco. *Non possessua viter vivi*, 21, 8.

(3) Diogenes Laert., 1, 36.

(4) Demócrito. *Fragm.*, 93.

(5) Eurípides. *Fragm.*, 287.

quieres llegar á ser bueno, necesario es que creas que eres malo», <sup>(1)</sup> la enseñó también la imagen de Dios.

En fin, con frecuencia hallamos en los antiguos muchos pasajes que nos revelan el inmortal deseo con que se apasiona el hombre por una verdad espiritual superior. Muchos de esos pasajes revelan más elevado nacimiento que el nacimiento terreno. Son innegables signos del origen divino de nuestro espíritu, huellas y restos imborrables de la imagen de Dios en el alma humana. Es la fuente de toda la nobleza que posee el hombre y de todo el bien que puede hacer.

La imagen de Dios es la causa de esa sed insaciable de ciencia que no permite descanso al alma humana y sin cesar la empuja adelante en el camino de las investigaciones y de las invenciones nuevas. Á la imagen de Dios somos deudores de la mejor escuela preparatoria para la ciencia cristiana, de la inmortal filosofía de Aristóteles; á ella debemos el descubrimiento de la ley de la gravitación, del cálculo matemático, del análisis espectral. A ella debemos el descubrimiento de innumerables mundos en el firmamento y en la gota de agua. Sólo ante la imagen de Dios se encorban el elefante y el caballo, cuando rinden al hombre su fuerza extraordinaria; á ella obedece el mar, cuando en él abre caminos el hombre; y gracias á ella el rayo le sirve de mensajero, y se somete á sus órdenes el vapor como el más obediente de los esclavos. La imagen de Dios es ese indescriptible entusiasmo que la voz de un Demóstenes, de un Cicerón, de un Bernardo, de un Capistrano comunicaba á las turbas que se aglomeraban para escucharles; es aquel sobrehumano poder de golpe de vista que poseían un Wallenstein y un Napoleón; es aquella fuerza irresistible en las órdenes comunicadas por un Alejandro y por un Constantino, fuerza á la que nadie resistió jamás, y ante la cual se doblegaron todos hasta con placer. La imagen de Dios es la que preservó de toda debilidad el genio de César en el torbellino de los

(1) Epicteto, *Fragm.*, 3.